



LA VUELTA AL HUMANISMO

POR EL

Dr. S. Novillo Corvalán

Rector de la Universidad Nacional de Córdoba
Profesor de Derecho Civil en la Facultad de Derecho

Iniciamos una nueva jornada universitaria con el estímulo que deja una labor noblemente cumplida el año fenecido. No es un alarde de vanidad afirmar que la Universidad ha alcanzado un rango superior por su desenvolvimiento fecundo. Nuevos institutos y escuelas; creciente preocupación de sus profesores por la autoridad y prestigio de su cátedra y participación descolante de muchos de ellos en certámenes científicos; cursos de perfeccionamiento en diversas especialidades con beneficio para docentes y profesionales; un retorno de los estudiantes a mayores hábitos de trabajo en un ambiente de orden que no lo ha creado la fuerza, sino la comprensión, la tolerancia y una mesurada energía; mayor dotación de libros y aparatos e instrumentos para la enseñanza e investigación científica, particularmente en la Facultad de Ciencias Médicas, cuyos institutos, laboratorios y clínicas se han enriquecido merced a un subsidio extraordinario; sucesión casi incesante de conferencistas eminentes del país y del extranjero en su cátedra mayor; boletines de facultades e institutos; monografías y libros de seminarios; archivos de sus

Discurso pronunciado en el Salón de Grados de la Universidad Nacional de Córdoba, en la mañana del miércoles 6 de Abril de 1938, con la asistencia de las autoridades civiles, eclesiásticas y militares y cuerpos docentes, con motivo de la inauguración oficial de los cursos y colación de grados.

laboratorios químicos; producción constante de sus profesores y traducciones de obras valiosas, muestras son del renovado vigor de su espíritu y alentadora esperanza de su perdurable destino.

En este proceso de engrandecimiento de la Universidad no invoco para mí sino una atención vigilante a todos los medios que lo favorecen, una voluntad acogedora de toda sugestión útil y mi empeñosa acción porque los organismos científicos y de cultura creados llenen sus funciones con celo renovado.

Buscar el engrandecimiento de esta Casa no es tampoco una egoísta preocupación de prestigios personales, ni responde a móviles localistas, ni al afán de exaltar, llevado por una solidaridad religiosa, la obra del fundador insigne, sino servir a la convicción profunda de que las universidades son hoy o deben ser, acaso más que nunca; continentes del espíritu donde lleguen, sosegados, el grito de las pasiones, el frenesí de las razas absorbentes y la acción de los estados integralistas que devoran individualidades, y de donde partan ideas, normas jurídicas, la doctrina de que la armonía social sólo puede descansar sobre la comprensión y el respeto mutuos, de que la conciencia supone la libertad que sólo externamente puede ser restringida y de que no habiendo conciencia no hay responsabilidad, ni ante Dios, ni ante los hombres.

Pero para que este noble destino de las universidades se cumpla; para que sigan siendo, además de su finalidad específica, regazos consoladores del espíritu, es necesario que su enseñanza no se concentre en la especialidad profesional, sino que se extienda al cultivo de un auténtico humanismo.

Europa está haciendo un hombre amputado que parece tener el culto de su propia desintegración, un hombre que sólo ve el destino de la vida por su propio prisma, empañado a veces por una pasión de raza o por la ardiente adoración a

un estado totalitario en cuyo seno quiere sumergirse. Y nada parece más contrario al sentido universal del hombre y a su formación y destino cristianos que una hegemonía étnica, la afirmación de una raza superior que respaldada en su supuesta excelencia intente, primero, la integración de su unidad y, luego, su predominio universal.

La humanidad debe temer siempre de estas políticas absorcionistas que no sólo imponen dirección uniforme a los miembros de un estado, sino que sojuzgan pueblos y arrojan siembras de guerra que, tarde o temprano, prenden en la caliente tierra humana que las recoge.

Y no se quiera ver en estas reflexiones la negación de valores superiores de una nación a la que debe la cultura insignes contribuciones en filosofía, en medicina, en derecho, en química y en arte; de una raza que ha penetrado como pocas en el seno más profundo del interior humano; que ha aplicado a la dominación y transformación de la materia técnicas maravillosas y auscultado e interpretado los fenómenos y leyes del cosmos con sagacidad sorprendente. Mi juicio es enteramente impersonal y sus tantas reservas admirativas son testimonio de su sinceridad.

Y aunque no es menor mi admiración, ni mi simpatía por aquella nación que es el símbolo más expresivo de la latinidad y por el hombre extraordinario que la gobierna, pienso que la concepción del estado totalitario es la anulación de la personalidad; que un régimen de fuerza, sólo justificable por causas temporales, crea un orden puramente exterior, debajo del cual gime un profundo desorden moral; que estos sistemas suponen la afirmación implícita de la impotencia para presidir actividades particulares contrapuestas o la sustentación de una doctrina de orgullo que un autor insospechable, Ramiro de Maeztú, enuncia diciendo que "dos son las causas del pecado y sólo dos: la concupiscencia y el orgullo. La

concupiscencia procede del lado animal de nuestra naturaleza. El orgullo, en cambio, de nuestro lado racional. Viene de arriba, no de abajo". Enuncia, primero, esta sentencia: "Yo soy bueno", lo que significa "tú eres malo" y concluye con este corolario: "luego yo debo mandar y tú obedecerme".

Ideologías racistas —sobre las cuales ya ha advertido su afinidad con los comunistas el penetrante talento de Jacques Maritain— y regímenes totalitarios son en el fondo expresiones de presuntuosidad y orgullo que propenden, en definitiva, a una mutilación de la humanidad, a la división de pueblos y hombres en privilegiados y réprobos.

Estos programas desconsoladores, que dejan en el espíritu una profunda amargura al ver cerradas sus posibilidades de pensamiento y acción cuando factores adversos le imponen un ultrajante vasallaje, provienen de la ausencia del sentido de universalidad que lleva implícito el hombre, de una falta de cultura integral, porque la vanidad y el orgullo crecen en espíritus incompletamente desarrollados.

Al propugnar por el cultivo del hombre pleno no intento por cierto un retorno al humanismo renacentista que tuvo mucho de bueno y mucho de vituperable. El Renacimiento que, según uno de sus críticos, "amó el mañana más que el pasado como acontece a toda época juvenil", volvió, sin embargo, dando un salto sobre la Edad Media, a bañar su espíritu en el helenismo y la latinidad, extrajo de allí excelentes formas de belleza, pero un modelo humano incompleto, un hombre que llenaba sus vacíos de infinito con un brutal panteísmo o con dioses que, aunque los consideraba imperecederos, tenían sus propias pasiones y se alistaban en sus querellas. Velada su mente por el sensualismo de la forma, ni siquiera entrevió en Sócrates y Platón los destellos del alma inmortal; olvidó a Abelardo que erigiera, en rigor, la primera cátedra de humanismo desde la dulce colina de Santa

Genoveva y hasta desdeñó a su precursor inmortal, al divino Alighieri, que, rectificando conceptos de su Paraíso, enseñaba más tarde, en "rima áspera y sutil" máximas de perenne humanidad.

El Renacimiento creyó en un redescubrimiento del hombre y el mundo porque imputó a la Edad Media haber preparado seres para el Cielo, olvidando la tierra; pero él, a su vez, se quedó en el mundo, tomó como génesis y meta de su cultura al hombre y desdeñó u olvidó su destino extraterreno. La tierra renació para él como una mañana maravillosa y erigió en dios al ser superior que la poblaba.

Esta desintegración del hombre con la supresión de toda idea religiosa y moral y, consiguientemente, con la ausencia de todo freno, produjo abominables aberraciones humanas que la prosa tersa de Hipólito Taine ha retratado. "Al paso que se han vuelto delicadas las maneras y bellos los gustos, decía refiriéndose a artistas y señores italianos del Renacimiento, se han tornado feroces los corazones. Estos hombres son lobos inteligentes" Y si queréis, señores, una composición integral del cuadro con un grueso brochazo recordad el juicio que suscitó el magnífico Cellini: "fué un bandido con manos de hada".

Cuando abogo por un humanismo auténtico afirmo la necesidad de una plenitud de cultura humana: un hombre para el mundo y para su destino extraterreno. Mi bosquejo de esa cultura concibe un ser que enriquezca la mente y haga delicada su sensibilidad; que tenga su convicción religiosa en el espíritu y la conducta y su tolerancia en el trato; que no imponga sus ideales políticos por la fuerza, sino por la persuasión; que reaccione contra el desorden, pero que no lo suscite ni con la violencia de sus ideas, ni con la de su obra; que no cultive ningún orgullo, ni el de sus luces, sino una prudente desconfianza; que no tome el dere-

cho como privilegio de unos y la obediencia como necesidad de los demás; que la libertad que limita a sus semejantes sufra personal limitación; que sea severo consigo y magnánimo con los otros. Sólo así se hace la armonía individual; sólo así se funda la armonía social.

Señores profesores: no está vedado a la cátedra, por elevada que sea, discurrir más allá de su propio contenido. Así como se puede hacer ver en cada ciencia particular su base general o su raíz filosófica, logrando que el alumno ensanche su ámbito intelectual e integre su cultura, puede también, quién tiene vocación educativa, maneje ciencias experimentales o las más abstractas disciplinas, mover el fondo humano del discípulo, su sustancia universal, despertándole esa riqueza dormida que lleva consigo, porque eso quiere una real educación humanística. Ella no se contenta con plantear problemas o proponer soluciones técnicas. Después que todo eso está resuelto, dice el famoso humanista Ernst Robert Curtius, queda uno todavía sin resolver: "hallar el sentido de la existencia humana. ¿Cómo debo vivir? ¿Cómo debo amar? ¿Cómo debo morir?" Entonces, añade Curtius: "sentirá la nostalgia de una hombría más pura y más rica, clamará por un maestro que pueda darle lo que Dante recibió de Brunetto Latini: "m'insegnate come l'uom s'eterna". Me enseñaba cómo el hombre se prolonga.

Vosotros también alcanzaréis plenitud profesoral y llenaréis ese vacío mostrando, a veces con la oportunidad de un mero ejemplo, de una anécdota, o con la profundidad de una máxima, cómo puede el hombre extenderse más allá de su cerco terreno.

Expresé el año anterior que en mi segundo rectorado, en vez de nuevas creaciones universitarias, fomentaría las existentes; pero no he podido sustraerme a la necesidad de fundar la Escuela Superior de Comercio por reputarla una integración de la de Ciencias Económicas que funciona ya con éxito destacado y sobre cuyo porvenir aliento una gran esperanza.

Los estudios técnicos de la hacienda pública, de las finanzas y de los negocios mercantiles son hoy una urgencia en el mundo y singularmente en países tan ricamente dotados como el nuestro, cuyo desenvolvimiento se ha realizado, hasta hace poco, sobre bases rutinarias o empíricas o por el impulso de la espontaneidad. Hoy contamos con algunos organismos reguladores de su desarrollo industrial, pero hay fuentes de riqueza que aún piden su técnica.

Los problemas que plantea la divisa monetaria de un país y los consiguientes del cambio recién han sido abordados con competencia, y los eficaces asesores con que ha contado el Estado han sido técnicos egresados de sus escuelas de ciencias económicas.

La estadística, la publicidad, la organización de los bancos, el estudio de la moneda, el régimen fiscal y administrativo, el examen sistemático de las fuentes industriales de la región son problemas y disciplinas que hemos incorporado a nuestra Escuela de Ciencias Económicas. Algunas de estas asignaturas y sus institutos respectivos no poseen las facultades similares del país, pues hemos entendido, al proyectar, por ejemplo, la cátedra de Economía Industrial de la Región y hacerla funcionar, que una escuela de ciencias económicas, sin perjuicio de estudiar problemas del país, debe vincularse al medio en que actúa, ya que sus egresados ejercerán sus actividades preferentemente en él. Por eso en la cátedra mencionada se examinan problemas pecu-

liares de la provincia: la industria del turismo, la harinera, la de sus fuentes de energía eléctrica, etcétera; y espero, dado el interés que está suscitando esa enseñanza, que pronto se completará con un seminario anexo, cuyos trabajos y conclusiones serán útiles para el gobierno de la provincia, pues estas carreras con finalidades prácticas, vinculadas al desarrollo económico de la nación y a su régimen financiero, deben no sólo producir los técnicos que ejerzan su profesión, sino prestar su cooperación a los poderes públicos. En ningún caso debe ser más estrecha la conexión entre el Estado y los establecimientos educacionales que cuando éstos revisten el carácter mencionado. La Nación podrá, entonces, con reducción de su propia burocracia, obtener de ellos un asesoramiento insospechable del punto de vista de la probidad y la técnica.

La Escuela de Ciencias Económicas de Córdoba, que expide hoy diplomas de contadores públicos y doctores y que deberá incorporar otros más haciendo una polifurcación de sus actividades, necesitaba contar con bachilleres mercantiles que por la índole de sus estudios y eficiencia de su enseñanza fuesen una garantía de que cursarían los planes superiores de la economía y el comercio con aptitud. A ese fin responde la Escuela Superior de Comercio de la Universidad, la que, bajo su tutela, contará con un plan de estudios, programas y personal docente que respondan a su sentido preparatorio de la enseñanza técnica superior; pero la fundación no es excluyente de escuelas comerciales de la provincia que no sólo preparen para el bachillerato mercantil, sino que expidan títulos menores, como los de dependientes idóneos, tenedores de libros, secretarios comerciales, etcétera.

La Universidad, con su nueva escuela, coordina e integra los estudios de la Escuela de Ciencias Económicas y

da un tipo de organización y enseñanza al que podrán ajustarse los establecimientos provinciales, haciendo que sus egresados tengan acceso a nuestro instituto económico superior.

Es oportuno, por otra parte, multiplicar las escuelas de enseñanza comercial, industrial y técnica, buscando nuevas rutas para que las actividades individuales no se encaminen a las profesiones liberales únicamente. El éxito que ha tenido nuestra Escuela Superior de Comercio con la extraordinaria afluencia de inscriptos evidencia cómo parece iniciarse un cambio en la vocación ambiente. Hasta hace muy pocos años, familias pudientes y necesitadas no deseaban sino el título de médico, el de abogado o el de ingeniero para sus hijos, buscándoles no sólo una profesión lucrativa, sino el acceso a la carrera pública y la decoración personal y ambiente de consideración social que ellos comportan. Si bien esa preferencia no ha mermado en un grado sensible, se advierte una inclinación a las carreras y oficios que ofrezcan resultados menos inciertos y de menor competencia. Acaso el Estado esté en retardo, temeroso del fracaso de sus escuelas prácticas, al no fundarlas en la medida en que el país las necesita. No se olvide tampoco que a veces un establecimiento educacional bien organizado puede suscitar vocaciones latentes .

Y en este orden de ideas, no será inoportuno ir madurando la concepción de escuelas agrícolas modelo que, bajo una dirección universitaria, preparen técnicos que, desde distintas posiciones, enseñen los métodos de explotación de la riqueza de esta pródiga tierra que puede hacer propio, en gran parte, el "Himno al Trigo" que Giuseppe Tassinari, en un libro reciente, pone, en boca de su jefe: "Ame-mos el pan, corazón de la casa, perfume de la mesa, alegría del hogar; respetemos el pan, sudor de la frente, orgullo

del trabajo, poema del sacrificio; honremos el pan, gloria de los campos, fragancia de la tierra, fiesta de la vida; no desperdiciemos el pan, riqueza de la patria, el don más suave de Dios, el premio más alto de la fatiga humana”.

Una creación a la que tampoco podré sustraerme, no obstante mi deseo de economizar su número, es la de un Dispensario antituberculoso para estudiantes. Me ha sugerido su necesidad una conversación con el señor director del Instituto de Tisiología. Exámenes hechos por él y su personal durante los años 1936 y 1937 han comprobado la existencia de casos de tuberculosis activa, o sea con aptitud de contagio, y de tuberculosis estacionaria en diversos estudiantes. De acuerdo con el porcentaje anotado, el director del Instituto piensa que sobre 4.245 estudiantes universitarios habrá 96 con capacidad de contagio y 169 con tuberculosis inactiva. El número puede ser mayor si el examen clínico alcanza, como debe ocurrir, a los alumnos inscriptos en otras escuelas e institutos dependientes de la Universidad.

El peligro para los enfermos y para los que pueden recibir el contagio vuélvese especialmente grave en la Facultad de Ciencias Médicas donde la comunidad de vida entre los estudiantes es frecuente en hospitales, laboratorios e institutos. La Universidad debe someter a tratamiento a los que sufren del mal, ya que cuenta con tantos elementos para hacerlo, y realizar la profilaxis adecuada para evitar su propagación. Por eso he recabado del señor director del Instituto el envío de un ante-proyecto de ordenanza de creación de un dispensario anexo a nuestro Instituto de Tisiología para someterlo luego a la consideración del H. Consejo Superior Universitario.

Ya que se ha hecho en Córdoba una verdadera concentración científica, curativa y preventiva de ese flagelo, podemos añadir una nueva sección que complete el plan or-

gánico de investigación y tratamiento que se cumple con tanto prestigio y del cual es expresión significativa un hecho reciente que no debo omitir. Durante las pasadas vacaciones, y como resultado del Congreso de Tuberculosis reunido en Santiago de Chile en enero de este año, fueron solicitados los servicios del doctor Andrés R. Arena, jefe del laboratorio de investigaciones bacteriológicas de nuestro Instituto de Tisiología, para organizar en dicho país la lucha antituberculosa, misión que ha cumplido con éxito señalado. Así lo comprueba la nota de expresivo reconocimiento que ha dirigido a la Universidad de Córdoba el señor Embajador de Chile en nuestro país en nombre de su gobierno y la que directamente me cursó el señor Ministro de Bienestar Social de esa nación, pidiéndome que acordara nueva licencia al doctor Arena para la terminación de su cometido.

En el corriente año, la Universidad cumplirá un nuevo programa de vinculación inter-universitaria e internacional con el envío de una misión docente a Río de Janeiro. Por contactos científicos y comunicaciones de profesores de dicha ciudad y la nuestra se estableció un pacto virtual de intercambio que el señor rector de la Universidad de esa capital doctor Raul Leitao da Cunha y yo hemos ratificado, autorizándolo más tarde el Consejo Superior Universitario.

La idea de esta embajada universitaria nace del conocimiento que en la capital carioca se tiene de algunos de nuestros profesores cuya actuación ha suscitado vivo interés; pero al enviarla no olvidaremos que nuestro eminente ex-embajador en Brasil, doctor Ramón J. Cárcano, es quién arrojó las bases de una profunda compenetración de ambos países con ese fino talento de diplomático y con el prestigio de su encumbrado rango intelectual que tanta notoriedad le han dado.

La embajada tendrá los beneficios que derivan de todo contacto de universitarios y será acogida, no sólo con la cor-

tesía tradicional de los brasileños, sino con simpatía profunda por provenir de Córdoba, pues Brasil reclama para sí ser cuna del insigne fundador de esta Universidad, punto cuyo esclarecimiento intentan paralelamente una comisión de historiógrafos cariocas y nuestro Instituto de Estudios Americanistas por sugestión principal del mencionado embajador doctor Cárcano.

Y séame permitido expresar, con motivo de esta misión, que seguiré fomentando, como lo he hecho hasta hoy, las excursiones estudiantiles dentro y fuera del país. Aunque no se cumplan con un rígido programa de trabajo, les reputo de una gran utilidad. Una mayor visión de panorama físico y un cambio de climas espirituales enriquecen el espíritu, confieren mayor soltura de maneras y más amplitud de criterio. Son tónicas y bellas: recrean y educan.

Cuando se realizan dentro del país, despiertan más sensación de patria, suprimen prejuicios y vuelven real la vaga y teórica noción de unidad nacional. Ganan con ellas el sentido estético y el poder discursivo de la mente porque no sólo se juntan las emociones de firmeza y renovación que despiertan la montaña y la llanura, la de concentración que suscita el Norte perezoso y la de expansión el Litoral dinámico, sino que el estudiante percibe, aunque sea confusamente, el sentido de variedad y armonía con que se cumple el desenvolvimiento histórico de la Nación.

Cuando Grecia organizaba sus juegos olímpicos en distintas ciudades, a donde acudían atletas de todo su territorio, buscaba romper la barrera del río y la montaña para fortalecer la unidad espiritual de la nación.

Pero, claro es, que estas jiras deben ser reglamentadas por las facultades para que se realicen como estímulo o como premio, ya que no es posible llevarlas a cabo sin limitación.

Nos toca también este año coronar el homenaje que rendimos el anterior a nuestro Colegio de Monserrat con motivo de su cuarto de milenio, levantando en el propio solar del Colegio la estatua de su fundador insigne.

El concurso para el monumento ha tenido un éxito extraordinario: más de veinte "maquettes" de artistas de Buenos Aires, Córdoba y otras provincias, han sido recibidas. Espero que en el mes de octubre podrá realizarse la ceremonia de la erección y con ella la definitiva consagración histórica del ilustre sacerdote.

Propóngome igualmente dar vigoroso impulso al plan de edificación universitaria que con el concurso del gobierno de la Nación viene realizándose. Ya no pueden instalarse escuelas a la sombra de un árbol como lo quería Rousseau, acaso llevado por su apego a la naturaleza y por la seducción del primitivismo puro que informó a su filosofía del mundo y la vida.

El crecimiento de la población estudiantil, los nuevos institutos y escuelas, las mayores dotaciones de bibliotecas, aulas prácticas, laboratorios y gabinetes exigen amplios y adecuados locales. Las actividades docentes y científicas están desenvolviéndose hoy con angustias de espacio. Pero puedo anticipar que dentro de dos o tres meses tendremos el primer cuerpo de edificio del Hospital de Clínicas que resultará sede decorosa y digna del Congreso Internacional de Medicina que se reunirá en octubre. En el corriente año también quedará terminado el edificio parcial de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, que tendrá un salón de actos universitarios con capacidad para mil doscientas personas. En breve quedará adquirido el terreno donde se levantará la Facultad de Ciencias Médicas y estudio la posibilidad, con asesoramiento de la Dirección de Arquitectura de la Nación, de hacer construir un gran edificio para la Facultad de Derecho

y Escuela de Ciencias Económicas en el solar que hoy ocupa la de Ciencias Médicas.

La Dirección de Arquitectura de la Nación ha pedido que la Universidad exprese qué nuevo cuerpo de edificio del Hospital de Clínicas debe ser construído el año venidero, y se propone a llamar a licitación, en breve, para que, previa la demolición de la actual Facultad de Ingeniería, se realice el plano total de la construcción con destino a dicha Facultad.

Y no hay para qué decir, señores, que no ha envejecido mi fervor porque esta vieja casa solariega de Fray Fernando siga uniendo a su pasado glorioso su porvenir opulento en una comunión de vida que haga armoniosas la tradición excelsa y la renovación fecunda. Así continuará dando a la Nación la reserva de sus grandes valores morales, investigadores serios a su ciencia, ciudadanos eminentes que velen por sus instituciones, maestros que ennoblezcan la cultura y pléyades juveniles que, año tras año, muestren, junto con la emoción de la jornada que termina y de la que empieza, el vigor perenne del noble y añoso tronco.

Señores profesores y estudiantes: declaro inaugurados los cursos universitarios de 1938.
